

Omar Acha, “Política y asociacionismo en los años terminales del peronismo clásico, ante la movilización católica (Buenos Aires, 1954-1955)”.

En esta ponencia continúa una argumentación sostenida en un trabajo anterior (*Desarrollo Económico*, nº 174, 2004) en el que se postuló el concepto de “sociedad política” para aludir a la construcción de una sociabilidad raigal del peronismo que lo articulaba con las organizaciones de la llamada “sociedad civil”. En esta oportunidad se propone revisar las transformaciones de esa sociabilidad en el contexto de los años 1954-1955 y especialmente en relación con el conflicto con el catolicismo. La hipótesis que se sostiene señala las limitaciones que enfrentó esa conexión entre el Estado y partido peronistas con las instituciones locales, restringiendo la capacidad de movilización de las clases populares, que así cedieron el espacio público-político a los sectores opositores.

A medida que los estudios históricos y sociales exploran nuevos aspectos o profundizan las investigaciones precedentes, el peronismo como movimiento, partido político, ideología o equipo gobernante, en fin, el peronismo en las diversas formas que alumbró la vida social en la Argentina después de junio de 1946, aparece como más heterogéneo y matizado.

Fuera como lapidaria condena de la “segunda dictadura” o como nostálgica añoranza de una Argentina que fue una “fiesta”, el peronismo se comprendía como un bloque relativamente homogéneo o evolutivo. Diversos trabajos –sobre todo centrados en la historia de la vida sindical y política– contribuyeron a horadar la memoria compacta del peronismo.

Sin embargo, ninguna matización logró eliminar un entendimiento del primer peronismo como un régimen que pretendía apropiarse de todo el espacio político y cultural. Existe un convencimiento ampliamente compartido de que a partir de 1951 el peronismo adoptó una creciente inclinación represiva y monolítica.

Había no obstante una pronunciada discrepancia entre la organicidad deseada por el peronismo (en el Estado y en el Movimiento) y la sociabilidad diversificada de la Argentina. La distinción entre lo formal y lo informal parece inclusive inadecuada para destilar la trama de esa sociabilidad en proceso de cambio y multiplicación.

Precisamente en ese año de 1951 en que Juan D. Perón era reelegido para un segundo mandato se develaba una rica vida asociativa en la Argentina peronista. El relevamiento de las cartas enviadas a Perón y al Ministerio de Asuntos Técnicos en ocasión de un llamado realizado públicamente por el titular del Poder Ejecutivo demandando colaboración para la confección del II Plan Quinquenal, permitió averiguar una densa textura de instituciones prontas a movilizarse para responder a la interpelación. Incluso el envío de respuestas estimuló la convocatoria de reuniones de “vecinos” para la recolección de firmas destinadas a respaldar una demanda, que luego devinieron asociaciones permanentes.<sup>1</sup>

Este mundo civil que hundía sus raíces en la situación local y que eventualmente demandaba al Estado, no surgió con el primer peronismo. Tampoco su eventual politización fue una creación posterior al 45. Sin embargo, la complejización y dilatación inéditas del asociacionismo en la década peronista no sólo exige una revisión de las narraciones consolidadas que postulaban una decadencia de esa constelación bajo el dominio de un gobierno de indudables credenciales totalistas, sino, y esto es más importante, induce a repensar las correlaciones entre la activación de lo civil y el autoritarismo político.

Es posible que una sociedad civil vivaz y demandante pueda coexistir con una estatalidad democrática pero no liberal. Más aun, no es improbable que la politización de lo civil abrigue aspiraciones totalitarias más osadas que las de un gobierno que pretendía una dominancia política sin cuestionamientos pero que no se planteaba la eliminación radical de las formalidades republicanas.

La toma de la palabra peronista-estatal sobre la satisfacción de los reclamos populares incitó a un renacimiento del asociacionismo civil y económico. Las promesas enunciadas por Perón y su traducción estatal tuvieron correlatos en los otros niveles de la primacía gubernamental peronista: en los ámbitos provinciales y municipales. Más particularmente, halló una refracción en los barrios, parajes, y agrupamientos de casas en los alrededores de estaciones ferroviarias distantes. Allí convivían las Unidades Básicas, masculinas y femeninas, pero también una trama de instituciones “civiles” como clubes de fútbol, de tiro al blanco, o de bochas, sociedades de fomento, de amigos de tal o cual calle, cooperadoras escolares, múltiples comisiones “pro-templo” o “pro-edificio” escolar. Desde luego este tejido asociativo admitía una pléyade de sindicatos, como parte de organizaciones nacionales o simplemente locales, tales los numerosos gremios de “oficios varios” que poblaban zonas lejanas y poblados asilados. Finalmente, para coronar este entramado, contribuyeron ampliamente a garantizar la presencia de una militancia local la peronización de empleados y empleadas estatales que se diseminaban en estafetas postales, estaciones ferroviarias, comisarías, juzgados de paz y, en sensible minoría, autoridades escolares.<sup>ii</sup>

Durante la campaña electoral que precedió a la votación de febrero de 1946, las instituciones que colaboraron más activamente con el laborismo fueron los sindicatos y los organismos de propaganda (“centros cívicos”) que habían sido promovidos clandestinamente por la Subsecretaría de Informaciones y Prensa desde 1944. La acogida por parte del asociacionismo no parece haber sido cordial, lo que es comprensible pues la retórica obrerista que Perón adoptó luego del 17 de octubre de 1945 no era aun traducible al moderatismo predominante entre las dirigencias asociativas.

Una vez en el gobierno y con la disponibilidad de una ingente reserva de recursos presupuestarios, el peronismo se constituyó en un sitio de demanda al que no se podía desdeñar. No solamente porque los compromisos asumidos por el nuevo gobierno para satisfacer las necesidades sociales podían ser fácilmente transferidos del mundo del trabajo a la vida barrial, sino porque la multiplicación de centros políticos peronistas que pretendían ser al mismo tiempo entidades transmisoras de requerimientos locales amenazaba con desplazar al asociacionismo preexistente.

La emergencia política de Eva Perón, la Fundación que portaba su nombre (FEP), y el enérgico activismo que la esposa del presidente imprimió a la rama femenina del Partido Peronista, contribuyeron a tornar aun más compacta la retícula asociativa lubricada por una lealtad peronista compuesta y conflictiva pero con la flexibilidad suficiente para aplacar, en su diseminación y voluntad de conquista de todos los espacios sociales, las contradicciones que la habitaban.

Si añadimos a esta dinámica la peronización progresiva de un sector del tejido asociativo, comprendemos por qué la década peronista iba a contener un activismo civil articulado, y no siempre sencillamente distinguible de un activismo político que mostró una vitalidad ponderable. Este conjunto flexible y ambiguo constituyó una sociedad política peronista, que era desbordada por una diversidad de instituciones que, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires, iba a ser percibida a medida que se disipara la relevancia de la oposición partidaria.

El abigarrado mundo local de la sociedad civil-política que así se constituyó desplegó una embrollada concomitancia con el Estado peronista, al que reconocía como sitio de la demanda, pero no como autoridad inmediata. La condición “civil” retuvo siempre una distancia con los acercamientos estatales y los acosos partidarios. En cualquier caso, el entramado civil y político que configuraba la pléyade de instituciones de la sociedad argentina era el espacio de una disputa hegemónica. De modo no consciente, configuró una extensión muy mediatizada y sumamente compleja, pero eficaz, del predominio sociopolítico peronista.

El archipiélago hegemónico peronista poseía diversos escenarios, que constituían para la población un campo de sociabilidades que instituían sujetos, pues eran inseparables de la experiencia local, barrial, y más precisamente teñían la percepción de la calle en que se vivía.

La estatalidad detentada por Perón (y en otros niveles por individuos como D. Mercante o A. Borlenghi), era una instancia fundamental en el reconocimiento de los sujetos peronistas y, desde luego con otro sentido, para los no-peronistas o los antiperonistas. Sin embargo la diversidad de modos de intervención de Perón como jefe del Partido Peronista y como Presidente de la Nación, hacía imprecisa la divisoria entre la autoridad estatal y la fidelidad partidaria a ese árbitro indiscutido. Como individuo deseado, como líder o como presidente, Perón se instituía como figura identificatoria para la Argentina peronista. Como presidente, transmitía al Estado en su conjunto la responsabilidad de sus promesas de Justicia Social.

Con todo, ni la lealtad a Perón ni la presencia estatal agotan la descripción de la turgencia simbólico-material del peronismo en la sociedad. Tampoco se logra una representación saturada si se agrega la acción de la FEP. Esas figuras capitales adquirían su fuerza comprensiva, y sus discursos adoptaban potencia ilocucionaria, una vez que devenían activismo local.

Para entender la presencia territorializada, cotidiana, espacialmente sensible, es necesario observar el mundo heterogéneo y múltiple del asociacionismo donde el peronismo se hizo un “Estado ampliado”, con su “robusta catena di fortezze e di casematte” en que pensaba Antonio Gramsci en su discusión sobre la hegemonía. La sociedad civil-política donde se asentaba la hegemonía peronista adquiría su utilidad ideológica en cuando garantizaba la presencia barrial, e incluso la visibilidad del peronismo desde cualquiera de las esquinas de una manzana. No sólo eran la propaganda del régimen o la ubicación de las Unidades Básicas, las que trasmitían la estampa peronista al ambiente.

La “Nueva Argentina” también era perceptible –y allí se afincaba lo fundamental– para ojos menos entrenados en lo político superestructural, a través de una vasta red de instituciones barriales. La eficacia de la trama asociativa residía en que su legitimidad se determinaba por las motivaciones “apolíticas” que en apariencia regía sus prácticas cotidianas. Esa retícula inestable, sin embargo, se podía tensar políticamente en períodos electorales o de enfrentamientos estratégicos.

Las relaciones con el Estado fueron ambiguas. Particularmente en la ciudad de Buenos Aires no hay evidencias de que en el clímax del predominio populista se haya logrado una peronización total del mundo asociativo. Por el contrario, esta fue sólo parcial y adquirió turgencia en la medida en que a través de la atención privilegiada brindada por un Estado peronista que en ese rubro distribuía discrecionalmente sus recursos, pudo satisfacer eficazmente las demandas populares. Esta situación introduce un problema: el de una peronización oportunista de las asociaciones “civiles” después de la reelección de Perón en 1951, es decir, en una época donde el fin del gobierno peronista era imprevisible y donde

éste aparecía como imbatible por la vía del sufragio. Pero incluso en los casos en que se impuso dicha estrategia, una identificación peronista de oportunidad no eliminaba la aceptación de una preeminencia que reconocía la relevancia de un Estado del cual el régimen parecía haberse apropiado después de la sanción de la Constitución de 1949.

Sin obedecer a una lógica estatal, sin subordinarse tampoco a las exigencias directas de una militancia orgánica en el Partido Peronista, el asociacionismo que respondió al peronismo era una extensión del Estado al tejido social más menudo. Se traicionaría su particularidad histórica, sin embargo, si se redujera la lógica de la sociedad civil-política de la era peronista a una estatización.

Pierre Rosanvallon propuso la noción de “Estado-red” para comprender el modo de regulación y condicionamiento estatal del asociacionismo en una Francia sometida a un “jacobinismo enmendado”. Quizás para el primer peronismo la idea de una extensión reticular del Estado pueda cubrir un amplio sentido de lo que efectivamente ocurrió, con la diferencia capital de que la preeminencia del Estado en la cultura política francesa no tuvo una correspondencia conciente o discursiva en la Argentina peronista. La refundación de la noción simbólica del Estado por el peronismo permitió anudar el partidismo peronista con un reconocimiento de la soberanía estatal en materia de justicia social.

Las élites peronistas ordenaron con dificultad esta complejidad social y política en las categorías autorizadas por Perón. El peronismo había aprendido a pensar sus propias tonsuras, a medir sus fuerzas y a calcular sus ambiciones en la retórica de una Comunidad Organizada cuyo fluxograma cabía en una carilla legible en cualquier manual de doctrina preparado por Perón, la Escuela Superior Peronista o los intelectuales oficiosos que intentaron esquematizar la imaginación sociopolítica del corporativismo populista.<sup>iii</sup> La Comunidad Organizada entendía el corporativismo peronista como un antídoto contra el individualismo, la lucha de clases, y el estatismo ilimitado.

Hasta muy avanzada la década de su predominio las inteligencias peronistas carecieron de un detallado entendimiento político del asociacionismo y de los “cuerpos intermedios” que más allá de la FEP, los sindicatos y las Unidades Básicas, se interponían entre los individuos y las clases, por una parte, y el Estado, por otro.

En lo que respecta al asociacionismo civil, la percepción de su relevancia local no fructificó como objetivo estratégico sino con tardanza y recelo. La divisa “De la casa al trabajo y del trabajo a la casa” censuraba explícitamente un uso no familiar del tiempo libre, y desde luego un empleo que pudiera ser sospechoso para el presunto apoliticismo peronista.

A principios de 1948, Perón inauguró un club escolar en Villa Lugano. En esa ocasión manifestaba una comprensión relativamente amplia de las valencias de las asociaciones no políticas. Señalaba entonces que el desarrollo institucional en la Argentina había amparado a un formalismo antipopular, con formas rígidas y no amalgamadas con el pueblo. “La escuela, la familia, la universidad, el club, el comité –decía– eran núcleos distintos sin nexo de unión”.<sup>iv</sup> El club que inauguraba no propendería, en la retórica de Perón, a osificar las desigualdades: “La creación de este club tiende a esa finalidad, a que desaparezcan las diferencias que puedan existir uniendo a todos los hombres de buena voluntad, cualesquiera sea su raza, su credo, su religión, sus convicciones para discutir buenamente los problemas que nos lleven adelante dentro de un ambiente de paz limando las asperezas –concluía– que pueden existir entre los hombres.”<sup>v</sup>

La interpretación peroniana del nacimiento de un nuevo club que inhibiría las diferencias sociales implicaba un entendimiento antiliberal de las asociaciones, pues la matriz en que la

incrustaba era la del frondoso familialismo peronista, que no cobijaba la diversidad sino que aspiraba a coagularlas en una densa homogeneidad nacional.<sup>vi</sup>

Cuando se presentaba la ocasión de fijar teóricamente las organizaciones del “pueblo organizado”, esa comprensión unitaria sólo permitía cubrir a las contadas asociaciones reconocidas por el gobierno, y sobre todo mantenía indiscutida la prevalencia de los sindicatos como casos *princeps*, “permanentes”, de las asociaciones no inmediatamente políticas.<sup>vii</sup> Las Unidades Básicas aparecían como instituciones alternativas, como “templos”, que aunaban prestaciones de índole política, social, cultural y recreativa.<sup>viii</sup>

La compulsa de las solicitudes dirigidas al Plan indica una receptividad diferenciada entre las grandes ciudades, y entre ellas especialmente Buenos Aires, y el interior del país. Si se observa que el envío de las demandas era un *deber* peronista, que a la apropiación local de las bondades presupuestarias estatales añadía la confirmación del poder de convocatoria de Perón que evidenciaba la multiplicación epistolar, entonces la cartografía de los remitentes diseña una significativa imagen de las sociabilidades de base.

Las misivas enviadas desde la ciudad de Buenos Aires poseen un perfil netamente diferente al resto del país. Su inmensa mayoría provenía de individuos, mientras que en el total de la nación primaban las asociaciones. Una explicación primera podría ser que las necesidades inmediatas de la gran urbe estaban en buena medida satisfechas. El hecho de que las solicitudes provenientes del asociacionismo barrial correspondan a las zonas más alejadas del centro y cercanas a la avenida General Paz sugiere que había una relación estrecha entre progreso social y respuesta a la interpelación peronista.<sup>ix</sup> Los barrios en desarrollo edificio aparecían como más sensibles a la oferta estatal. Por ello no sorprende que las cooperadoras de escuelas y hospitales también hayan enviado sus solicitudes. Significativamente, las misivas del asociacionismo arribadas desde la Capital Federal pertenecían a instituciones del interior que se radicaban en la ciudad-puerto para obtener ayudas para sus zonas de origen.<sup>x</sup>

El mutismo de las asociaciones podría dar pábulo a una decadencia en la ciudad de las organizaciones autónomas de la sociedad civil. Veremos que esa no fue la causa, aunque para esclarecer los pormenores del tema serán necesarios estudios de caso. Todo sugiere que ante una situación menos exigente en materia económica, se creyó innecesario inscribir sus pedidos en una operación planificadora utilizable por la propaganda peronista, evitando cualquier signo de una abierta oposición que despertara la suspicacia gubernamental.

En el país la trama asociativa aparecía como más activa, y con mayor proclividad a una politización. En la Capital Federal, el asociacionismo pretendía mantener su independencia civilista. Esta estrategia se vio favorecida por los preconceptos que por lo menos hasta 1954 delimitaron el registro peronista de los cuerpos intermedios de la sociedad.

El atolladero cultural que impedía al peronismo reconocer las eficacias de un mundo, que por otra parte su gobierno había contribuido como ningún otro a que deviniera públicamente visible, obedecía sobre todo a creencias ideológicas muy acendradas. Perón consideraba que la población jamás se había organizado, por la sola razón de que no se ajustaba a lo que su imaginación corporativa había diseñado como perfil de la Comunidad Organizada.<sup>xi</sup> Por añadidura, los teóricos peronistas no concebían una “organización” del pueblo que no estuviera jerárquicamente subordinada a la decisión de una *conducción*. Los dirigentes, según Perón, eran el “alma”, el “verdadero espíritu” de una organización, “ya que las organizaciones no hablan por boca de sus asociados, sino por la de sus dirigentes, ni obran por acción de sus asociados sino por la de sus dirigentes”.<sup>xii</sup> Por ende cualquier

veleidad de distancia civil ante la inminencia de la autoridad política era sospechosa de ocultar una inclinación opositora.<sup>xiii</sup>

En el ámbito del esparcimiento una ya extensa política del Estado para utilizar al deporte como estrategia de “organización” y adoctrinamiento era manipulada, ésta vez desde el terreno “civil”. Los “Clubes de Areté” ideados en el marco de la Fundación Eva Perón, pertenecían a la vasta estrategia de captura institucional de la juventud. Los clubes debían complementar la organización incitada por la Unión de Estudiantes Secundarios (UES, fundada en 1953), cuya sede en Olivos delataría tanto la denostada lubricidad del presidente sobre la que machacaba la oposición como la inequívoca voluntad de vigilancia estatal con la que había sido concebida.<sup>xiv</sup> Así se comenzaba a definir a la juventud adolescente como un sector que, junto a la clase media profesional y al asociacionismo, constituyó la meta de cooptación ideada por el peronismo en sus últimos años de gobierno.<sup>xv</sup>

Los clubes, se argumentaba en un folleto de propaganda, obedecían a un deseo de Perón. Perteneecerían a ellos quienes alguna vez participaron en los torneos deportivos organizados por la Fundación, y serían guiados por la solidaridad entendida como “la fervorosa identificación con los hombres buenos en las causas justas”.<sup>xvi</sup> Un club Areté excedía el interés deportivo, pues si una persona demostraba poseer aptitudes de otra naturaleza, como las artísticas o las científicas, las autoridades del Club debían satisfacer esas “nobles inquietudes” en el país o en el extranjero.<sup>xvii</sup>

El Club era pensado como un puntal de articulación que reuniera una multitud de instituciones. “Se contempla la posibilidad, asimismo”, decía el mismo folleto, “de que puedan ingresar clubes e instituciones que se hayan destacado al servicio de la niñez y de la juventud argentinas”.<sup>xviii</sup>

En las provincias se establecerían sedes locales en las delegaciones de los campeonatos, a partir de las cuales se iniciaría una conquista de instituciones. Sobre todo, su extensión era imaginada en el ámbito de un terreno ya conquistado o al menos disponible: “Inmediatamente de recibir esta información [sobre las necesidades locales], deberán constituirse en el interior de la República las delegaciones y subdelegaciones, con sedes en los locales que puedan conseguirse, en escuelas, clubes, etc., y se levantará un acta de creación de la filial del Club de Areté”.<sup>xix</sup>

La iniciativa de Areté, que no llegó a ser concretada, pretendía otorgarle coherencia a una más agresiva conquista de los clubes deportivos barriales que se había iniciado a fines de 1954 como parte de una estrategia de control de las “organizaciones del pueblo”.<sup>xx</sup>

Si bien es cierto que no todos los clubes alcanzaban una visibilidad peronista tan manifiesta como la expresada por el Club Atlético Piraña, ubicado en Elía 678 (Parque Patricios), que había instalado en su sala un busto de Evita y otro de Perón, la política cooptativa de la Intendencia de la ciudad de Buenos Aires era palmaria.<sup>xxi</sup>

Entre 1954 y 1955 el mundo de las asociaciones civil-políticas fue el espacio donde se desataron las batallas capitales que condujeron a la caída del gobierno de Perón. Entonces, en la aceleración de los conflictos culturales y políticos que cubrieron el último año del primer peronismo, el gobierno intentó colonizar la sociedad a través de “organizaciones del pueblo” comprendidas en la horma del enmarañado mundo del asociacionismo local. Precisamente en esa circunstancia el peronismo fue combatido por una poderosa asociación civil que devino política.

La cobertura peronista de la sociedad “civil” debía tanto a la peronización ideológica de amplios sectores de la población como a los beneficios estatales que suponía una

identificación con el gobierno. Esta última causa fue especialmente eficiente en la peronización del cooperativismo.

Como lo subrayaban los intelectuales del régimen, el cooperativismo ocupaba un lugar específico en el II Plan Quinquenal, en reconocimiento de la relevancia que se le otorgaba desde el ámbito gubernativo.<sup>xxii</sup> A principios de 1954 era presentado como una zona peronista de la sociedad.<sup>xxiii</sup>

Los estudios sobre el movimiento cooperativo han indicado que los beneficios logrados durante el peronismo fueron considerables y que ello implicó una pronunciada inclinación a favor del gobierno nacional.<sup>xxiv</sup> A ese respecto, la estrategia peronista se componía de los gestos de una reconocible cultura política: de acuerdo a Perón el desarrollo del cooperativismo habría carecido de una vertebración definida, le faltaba “organicidad”. Para compensar esa carencia enunciaba sin ambages –al mismo tiempo que deploraba cualquier “politiquería” y denegaba que el gobierno quisiera imponer una jefatura adicta– la intención de determinar una dirigencia adecuada a las necesidades gubernamentales.<sup>xxv</sup>

El asociacionismo porteño no había mostrado para las dirigencias peronistas la misma ductilidad para armonizar con el diseño organizativo deseado. Si bien es cierto que en la ciudad de Buenos Aires diversas asociaciones demostraban sus entusiasmos por la administración peronista, en modo alguno ello correspondía a una colonización global de la sociedad.

*Noticias Gráficas* siguió con singular interés las expresiones peronianas sobre la ampliación del campo asociativo, pues así refractaba la preocupación que inquietaba a Perón y a las élites peronistas. En el inicio del año 1954 Perón desplegaba una retórica organicista de la articulación de instituciones sociales, destinadas a crear una sociabilidad que superara al individualismo y que propugnara la solidaridad.<sup>xxvi</sup> Eran los momentos cruciales en los que comenzaban a prosperar las ideas concernientes a la peronización del asociacionismo, y particularmente a las instituciones deportivas.

En esos meses comenzó la ofensiva más vigorosa para cooptar al fomentismo. El primer Congreso Extraordinario de Sociedad de Fomento de la ciudad de Buenos Aires se realizó en abril de 1954, encuadrado en las tareas de difusión del II Plan Quinquenal. Para su concreción la comuna determinó restricciones muy severas. Autorizó el congreso con la condición de que en la inauguración y la clausura sólo tomaran la palabra las personas autorizadas por la comisión organizadora, que desde luego estaría controlada por individuos ligados al peronismo. Por otra parte, en cada comisión designada para analizar las ponencias recibidas, se ubicó a “funcionarios técnicos” de la municipalidad. Por ambos expedientes, el Congreso estaba destinado a neutralizar cualquier oposición interna dentro del fomentismo y a subordinar su acción a los objetivos gubernamentales.<sup>xxvii</sup>

Originariamente el evento había sido promovido por un Congreso de Asociaciones de Fomento Pro Mejoras en la Zona Sudoeste de la Capital Federal. En el congreso realizado participaron delegados representantes de 111 sociedades de fomento porteñas, que sin embargo sólo parcialmente correspondían al asociacionismo más alejado del centro que se había visto fue el más demandante en ocasión del II Plan Quinquenal.<sup>xxviii</sup> En su intervención, el intendente Sabaté comprendía a las asociaciones como apéndice de la faena gubernativa.<sup>xxix</sup>

El discurso de apertura pronunciado por Perón presentaba ciertos temas que matricularían la colonización municipal del asociacionismo. “Posiblemente”, decía el presidente, “en el futuro la Intendencia Municipal pueda orientarse y formar con cada delegado de las comisiones de fomento de cada barrio, el verdadero Concejo Municipal que nos está

faltando. Entonces, sí, probablemente tendríamos un buen Concejo para la municipalidad que representase los intereses municipales de cada uno de los sectores, y no tuviera que ocuparse de la política internacional y de otras cosas raras como se han ocupado durante muchos años”.<sup>xxx</sup> Perón no ocultaba que se utilizarían los dineros públicos para favorecer a las asociaciones, particularmente proveyéndolos de edificios, “a fin de poder convocar a los vecinos cuando sea necesario decirles de viva voz qué deben hacer”.<sup>xxxI</sup>

De ese modo cobrarían existencia los “vecinos caracterizados” de que trataría la “constitución”. En realidad Perón se refería a la comisión de vecinos que debían asesorar al intendente luego de la disolución del Concejo Deliberante en 1941. Pero era más importante la explícita voluntad de limitar la acción de los “delegados” del fomentismo a tareas que no incluyeran “cosas raras”, esto es, políticas, que habían ocupado, según la argumentación de Perón, a su actividad anterior.

El control sobre una instancia federativa del fomentismo no garantizaba una subordinación completa pues libraba a los antagonismos internos de cada institución la determinación de sus orientaciones. En consecuencia el gobierno nacional y el municipal se propusieron conjurar esas posibles divergencias a través de un proceso de reemplazo de las dirigencias fomentistas que posee parecidos de familia con los empleados en algunos sindicatos opositores al gobierno de E. Farrell entre 1943 y 1946.

La Secretaría de Asuntos Políticos había arribado a la convicción de que las asociaciones civiles, entre las que incluía las deportivas y las culturales, sólo parcialmente eran peronistas. Si bien la mayoría era computada como peronista (el 70,5%), la dominancia no era tan desproporcionada como para satisfacer las ambiciones del gobierno y del Partido peronistas, en particular en la ciudad de Buenos Aires, donde el guarismo citado disminuía sensiblemente.<sup>xxxii</sup> Por entonces el Partido Peronista buscaba ajustar las clavijas de su intervención local al proyectar la instalación de “jefes de manzana” que operaran más estrechamente sobre el nivel local.

En el segundo mandato presidencial de Perón, las élites del movimiento y del Estado no estaban dispuestas a tolerar un mero acatamiento de la autoridad. La meta era obtener una adhesión entusiasta a la autoridad peronista y la neutralización de cualquier oposición, e incluso de la más flemática.

Entonces los clubes barriales, las sociedades de fomento, fueron objetivos de conquista. En la ciudad de Buenos Aires, donde el asociacionismo era más complejo, la politización había sido ambigua. Las élites peronistas emprendieron una acción de conquista que se hizo cada vez más perceptible a medida que los enfrentamientos con la Iglesia Católica instalaban un ámbito de lucha crecientemente sensible.

Luego de la disminución temporal de la interlocución del asociacionismo municipal que se observó en los primeros años de la década de 1940, una década más tarde dicho vínculo era considerado suficientemente prometedor para merecer un esfuerzo de regimentación. La Intendencia de Bernardo Gago reflató a su modo, la “comisión de vecinos” que según lo dispuesto en 1941 debía suplir al disuelto Concejo Deliberante.<sup>xxxiii</sup>

El interés del municipio, acompañado por beneficios efectivos, coincidió con el reavivamiento de la vida social en las últimas semanas del año 1954 y las iniciales del entrante. La prensa registraba una presencia inusual en la vía pública en ocasión de los festejos de Navidad, Año Nuevo y Reyes Magos. “La grata experiencia que se acaba de hacer –expresaba un periódico– es el fruto de una coordinada tarea de las ahora tan numerosas entidades que agrupan a los vecinos y comerciantes en calidad de amigos del progreso del distrito o de la calle donde viven”.<sup>xxxiv</sup> El resultado provenía de la competencia

con que se había favorecido al asociacionismo bien visto por las autoridades, tal como había sucedido con la organización de los cursos recientemente reglamentados.<sup>xxxv</sup> Ya entonces el enfrentamiento con el catolicismo tenía la política municipal. Según denunciaba un panfleto católico, la Municipalidad concedió permiso a la Unión de Comerciantes de Belgrano para ornamentar la calle Cabildo a fin de año, con la condición de no incluir figuras religiosas. De acuerdo a la misma fuente “el caso se repitió en todas las Comisiones Vecinales de la ciudad.”<sup>xxxvi</sup>

En 1955 la colonización del asociacionismo en la ciudad se intensificó. En febrero el fomentismo fue cernido más estrechamente con la creación de la Oficina de Relación con Asociaciones de Fomento, en el marco de la Secretaría de Planificación y Coordinación del municipio.<sup>xxxvii</sup> Entonces fue posible plasmar una colaboración estrecha para integrar “comisiones de control” de precios integradas por personal de la Administración General del Abasto, amas de casa peronistas y miembros de las sociedades de fomento de la ciudad.<sup>xxxviii</sup>

Una instancia decisiva fue la organización en Buenos Aires de las Jornadas Doctrinarias Peronistas, en abril y mayo. Para lograr una eficaz asistencia a las mismas, asesorado por la Secretaría de Asuntos Políticos, el intendente Gago dispuso la división del distrito en 44 “barrios”, en cada uno de los cuales se designaría un representante que aseguraría la organización del evento. El representante sería el que coordinaría la actividad de las Unidades Básicas con la labor del intendente.<sup>xxxix</sup>

La colonización del asociacionismo no fue sólo una imposición externa. A las presiones conducibles a través de la autorización de créditos bancarios y ciertas franquicias, se sumó una campaña de visitas emprendida por Gago antes de instrumentar el sistema de “delegados” municipales y las “juntas vecinales” que estaban presididas por éstos.<sup>xl</sup>

Una vez transcurridas las Jornadas, los “delegados vecinales” continuaron su acción, pero entonces definidos como relevos de las asociaciones en sus demandas al Estado. Pronto aspiraron a representar una voz autorizada por la sociabilidad barrial.<sup>xli</sup> Así fue que nació la política peronista de ocupación del espacio asociativo.

En sí mismas, las Jornadas Doctrinarias se realizaron en un marco asociativo que delineaba bien la red donde circulaba la incrustación local del peronismo. Si tomamos una semana en particular, el recorrido parcial de sus actos revela los espacios sociales que utilizaban. En la segunda semana de mayo, por ejemplo, en la zona de Coghlan se realizaron actos “doctrinarios” en la Unidad Básica de Guanacache al 3437, y la Asociación Belgrano, en Blanco Encalada 3150; en la Unidad Básica no. 2, sita en José Martí y Zuviría, y Club Inca Buenos Aires, Monroe 3952; en el Club Coghlan, de Olazábal al 3650, y en la Cooperativa Policlínico Pirovano; en el Club Tronador, Monroe 3994, y el Club de Residentes Catamarqueños de Coghlan; el domingo, en las cooperativas escolares de los colegios Alberdi, Manuel Belgrano, Belgrano Day School, y del Liceo de Señoritas no. 9, siempre en Coghlan.<sup>xlii</sup>

Los lazos virtuales que asociaban a las instituciones políticas peronistas con las civiles formalmente apolíticas eran habituales en los años finales del peronismo.<sup>xliii</sup> La novedad del año 1955 fue que las configuraciones asociativas estaban en vías de regimentación y de una peronización más estricta. El marco de las Jornadas Doctrinarias indica muy justamente el sentido que le otorgaba la dirigencia peronista.

La Secretaría de Asuntos Políticos monitoreaba estas operaciones de cooptación y ocupación de lo asociativo, en consonancia con la prevención que había elaborado en el *Plan de Acción Política*.<sup>xliv</sup> El vicepresidente Alberto Teisaire manifestaba en una

entrevista cuáles eran los objetivos del proyecto iniciado. Reiterando temas expresados antes por Perón señalaba que el barrio debía ser la “célula” de una gran comunidad. La coherencia comunitaria se obtendría a través de un *Club del Barrio*, decía, “donde los vecinos podrán reunirse para realizar sus bailes, sus conferencias, sus conciertos; en fin, todo aquello que sea necesario para elevar la cultura del Pueblo”.<sup>xlv</sup>

El club, cuya identidad peronista era desde luego considerada como indiscutible, debería ser veladamente celado por una presencia estatal que, curiosamente, neutralizara los desvíos *políticos*. De ese modo se cancelarían las “cosas raras” reprobadas por Perón: “Los arribistas, los que sólo deseen figuración”, decía el vicepresidente, “no tendrán cabida en las juntas vecinales. Ahí se necesitan personas que trabajen y que trabajen firmemente por su barrio”.<sup>xlvi</sup> Teisaire planteaba que se estaba estudiando la posibilidad de erigir un hospital por barrio como parte de una aspiración a satisfacer sus necesidades sanitarias. El objetivo era conquistar la sociedad capitalina en cada cuadra.

Las perspectivas de la política dirigida al asociacionismo tenían como telón de fondo la discrecionalidad estatal en la asignación de recursos y obras públicas. En el diario cegetista *La Prensa* se reflexionaba sobre la empresa de Gago y Teisaire, y se estipulaba que ella produciría agrupamientos de habitantes “a fin de que sus legítimos representantes puedan invocar las razones que justifican sus demandas” al Estado. Es decir, se mantenía al Estado como donante, sin interés sustantivo por el ejercicio autónomo del activismo barrial.<sup>xlvii</sup>

La prensa de oposición reconocía que la propuesta política poseía “un acentuado carácter democrático”, pero sugería dos objeciones. Por una parte desconfiaba de que una nueva subdivisión administrativa de la Capital Federal en 44 zonas hiciera más ágil su gestión. Por otra parte, proponía que se reflatara la comisión de vecinos que debería hacer las veces de Concejo Deliberante. *La Nación* planteaba que si en lugar de tantas delegaciones se organizara un “cuerpo representativo” donde se congregaran vecinos de los 17 barrios, la capital contaría con un organismo de origen “directamente popular”. En otros términos, el periódico advertía inequívocamente que los *delegados* no eran “directamente” populares.<sup>xlviii</sup>

Pero los objetivos del control peronista eran más complejos que los una vez dirigidos hacia el mundo obrero del trabajo. Las élites peronistas asumían lúcidamente el desconocimiento que poseían del ambiente vecinalista. Una de las tareas más urgentes de los delegados de la Intendencia era el relevamiento de un censo de las “entidades naturales de cada barrio”, considerado la única manera de saber qué era el barrio de San Telmo o el de Constitución.<sup>xlix</sup>

La comprensión del intendente era más inmediata pero también más concreta. En su entendimiento destacaba sobre todo la colaboración de los delegados en la solución de los problemas edilicios, la recolección de residuos, la eliminación de ruidos molestos. Gago prevenía que la organización de bailes o fiestas por parte de varias entidades deportivas o recreativas en cada barrio conducía a que se entablaran “batallas de altavoces”, que naturalmente había que ordenar.<sup>l</sup> También los delegados y las comisiones vecinales deberían proponer dónde erigir nuevas ferias francas. Más tarde serían los encargados de organizar campeonatos deportivos en cada uno de los barrios.<sup>li</sup>

Luego del 16 de junio de 1955 la tarea de cooptación se hizo más urgente. Con tal fin el 8 de julio se convocó una reunión en la Secretaría de Asuntos Políticos. Estaban presentes el ministro del Interior Oscar Albrieu, por Asuntos Políticos Bernardo Neustadt, el vicepresidente Teisaire, y el intendente Gago. Los delegados, descriptos como emergidos en “elecciones libres, ejemplares, puras, sin presiones y sin idearios políticos y que estaban

en función de servir al barrio y a las entidades que lo componen”, aparecían ejerciendo sus atribuciones como una colaboración a la concordia.<sup>lii</sup>

La dinámica de la vida asociativa estaba amalgamada a la situación política. La presencia de importantes personajes del gobierno en la instancia vecinal obedecía al antagonismo que separaba entonces al gobierno peronista de la militancia católica.

La cuestión central que emerge ante este panorama es la deriva del enfrentamiento con la Iglesia Católica se dirimió en esta región medular de la experiencia social que cobijó, a la vez, a la potencia impensada y a la debilidad de la hegemonía peronista. En otras palabras, que fue allí donde se decidió la suerte del peronismo, y no en el combate de las superestructuras políticas donde el movimiento populista se había demostrado invulnerable. ¿Cómo reaccionó el peronismo ante la evidencia de un mundo asociativo con eficacias políticas? ¿Qué capacidad de ampliar sus convicciones consolidadas mostró cuando la lucha se desplegó en términos de una “guerra de posiciones”, antes del advenimiento de la “guerra de movimiento” que, literalmente, se impuso con el levantamiento militar?

En verdad, la movilización de las masas parecía escasa en los años finales del peronismo, cuando emergió el desafío católico. Es que la sociedad civil, en su politización peronista que afectaba a importantes tramos de su cuerpo material, escapa a una idea “totalitaria”. Allí reside el obstáculo más importante para los análisis del peronismo final como un mundo cerrado que hizo inevitable un golpe de estado cívico-militar. La victoria antiperonista inaugurada por las movilizaciones católicas se explica por la capacidad de convocatoria de la oposición articulada alrededor de una serie de demandas morales, la competencia en la presencia callejera y, sobre todo, la porosidad de la sociedad política peronista. En efecto, la sociedad política había adoptado una pasividad que se llevaba mal con los discursos totalizadores con que soñaban algunas regiones del aparato estatal peronista. No les faltaba razón a los organizadores de los “planes políticos”, ni desde otra óptica a J. W. Cooke, para instilar el entusiasmo popular movilizado. La inercia de una sociedad extremadamente compleja se mostraba, justamente por su permeabilidad, incapaz de asumir la forma peronista inequívoca, militante, que la dialéctica populista exigía.

---

<sup>i</sup> Esta documentación se encuentra depositada en el Archivo General de la Nación, Fondo Secretaría Técnica (AGN-ST). Aquí se citará indicando número de caja (que corresponde a lo que la clasificación archivística designa como “legajo”) y legajo (que refiere a cada pedido singular).

<sup>ii</sup> Para un análisis más abarcador de la correspondencia dirigida a Perón y al Estado peronista con motivo del II Plan Quinquenal, del cual el presente estudio es una continuación, cf. Omar Acha, “Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo”, *Desarrollo Económico*, núm. 174, 2004.

<sup>iii</sup> Entre innumerables ejemplos, cf. Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones, *II Plan Quinquenal*, s. f. [ca. 1952], cuadro I. 1. El capítulo dedicado a la “organización del pueblo” de *II Plan Quinquenal. Manual doctrinario y práctico*, Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública, 1954, p. 161, declaraba que el Estado “desarrollará sus organismos auxiliares, dando intervención progresiva en sus tareas a las organizaciones del Pueblo en sus tres sectores básicos: social, económico y político, como elementos esenciales para la conducción integral del país y con el objeto de que el Gobierno pueda actuar hacienda efectiva y racionalmente lo que el Pueblo quiere”. En otros términos, la efectividad de las organizaciones *nacionales* sólo era pensable como apéndice de la soberanía estatal. Cf. también, Escuela Superior Peronista, *Apuntes de sociología peronista*, 1954, caps. 5-6.

<sup>iv</sup> “El presidente de la Nación inauguró el primer club escolar en Villa Lugano”, *El Líder*, 15-3-48.

<sup>v</sup> *Idem.*

<sup>vi</sup> “La creación de un club –deseaba Perón– que sea la continuación social de la familia y que una la escuela a la institución celular y básica del Estado, cual es la familia, es una construcción simple pero basada en el amor, en la cooperación, en la colaboración que todos los argentinos están decididos a prestar en esta hora crucial de la Nación”. *Idem.*

<sup>vii</sup> Cf. por ejemplo, Alberto D. Faleroni, *La conquista del Estado por la revolución nacional*, Ediciones “Montoneras”, 1947, p. 32; J. D. Perón, *El sindicalismo es la única organización permanente*, Secretaría de Prensa y difusión, 1954.

viii “‘Su’ Unidad Básica ejemplar”, *Mundo Peronista*, núm. 54, noviembre de 1953; véase también *Mundo Peronista*, núm. 92-93, 1-9-55; Partido Peronista, *Unidades Básicas (directivas complementarias del Consejo Superior)*, 1952, p. 22.Cf.

ix AGN-ST, caja 32, leg. 12.153 (Asociación Vecinal Nordeste de Vélez Sársfield); caja 46, leg. 13.642 (Club Social y Deportivo Flecha de Oro, Floresta); caja 53, leg. 5.878 (Unión Vecinal de Lugano); caja 57, leg. 17.321 (Sociedad de Fomento, Villa Madero); caja 59, leg. 9.967 (Cultura y Renovación. Asociación Civil Edilicia, Cultural, Social y Deportiva, Liniers); caja 60, leg. 12.410 (Asociación de Fomento de Villa Ortúzar); caja 61, leg. 17.764 (un grupo de 21 vecinos de Floresta solicitaba obras de pavimentación, argumentando que se trataba de “una obra de gran utilidad pública que los vecinos hemos solicitado en forma colectiva por nota reiteradas veces, habiéndolo hecho últimamente a la sociedad de fomento ‘La floresta’ para que ésta a su vez lo hiciera ante las autoridades respectiva; pero hasta la fecha los resultados han sido negativos”); caja 61, leg. 17.315 (Asociación de Fomento Edificio y Cultural General Alvear); caja 64, leg. 15.634 (Asociación de Fomento y Cuerpo de Bomberos Voluntarios Vuelta de Rocha); caja 64, leg. 15.490 (Asociación de Fomento Edificio-Unión Vecinal Cildañez); caja 68, leg. 7.881 (Sociedad de Fomento de Barracas); caja 68, leg. 6.718 (demanda de 39 vecinos de Floresta, apoyada por la Unidad Básica, el Club All Boys y el Preventorio Roca); caja 94, leg. 18.996, Asociación de Fomento y Biblioteca Popular Cornelio Saavedra; caja 95, leg. 16.265 (Sociedad de Vecinos Amigos de Villa Martelli; cf. también leg. 16.264); caja 96, leg. 14.296 (Asociación de Fomento Edificio y Cultural Florentino Ameghino; cf. también caja 99, leg. 14.294 y caja 101, leg. 14.293).

x Las siguientes demandas fueron enviadas desde las sedes porteñas: AGN-ST, caja 34, leg. 8.824 (Comisión Pro-Caminos y Fomento de la Zona Sur-Oeste del Chaco); caja 37, leg. 15.196 (Angela de Baldi, presidenta de la Comisión Pro-Templo de Sumalao, Salta); caja 48, leg. 8.214 (Asociación Pro-Ayuda y Fomento al Distrito Chiquis, La Rioja); caja 51, leg. 19.030 (Unión de Cooperativas Agrícolas Chaqueñas, solicitaba por la localidad Las Garcitas, Chaco); caja 68, leg. 1.844 (Asociación Fomento del Chaco, Formosa y Misiones, solicitud a favor de Puerto Bermejo); caja 92, leg. 12.406 (Ateneo de Residentes Catamarqueños, demanda para Mutquin); caja 94, leg. 6.058 (Asociación de Fomento de los Territorios de Chaco y Formosa).

xi El *leitmotiv* peronista de vínculo entre Estado y asociacionismo era el siguiente: el gobierno concibe centralizadamente y la organización estatal ejecuta descentralizadamente. En esa ejecución, y más exactamente en la recolección de información destinada a la planificación, las organizaciones menores podían brindar sus saberes locales. Pero como en cuanto políticamente eficaces su acción era anonadada por una CGT o una Confederación General Económica de influencia molar, las asociaciones que pululaban por la sociedad no podían ser contadas como válidas. De allí que el líder carismático del peronismo pudiera concluir que hasta entonces la “organización” popular no había existido: “En cuanto a organización, no puede nadie negar que nuestro pueblo estaba totalmente desorganizado. Las fuerzas naturales de la organización que todo pueblo posee deben obedecer a las actividades fundamentales, no se habían realizado en nuestro pueblo sino alrededor de círculos de interés, que no es lo racional para la organización de una Nación y menos de un Pueblo”. Cf. *Perón habla sobre la administración pública*, Secretaría de Prensa y Difusión, 1952.

xii *Organización peronista* (recopilación de palabras de J. D. Perón), *Mundo Peronista*, 1954, p. 274. Precisamente para retener los riesgos de patologías asociativas, Perón estableció cuatro principios para las “organizaciones del pueblo”: simplicidad, objetividad, perfectibilidad y estabilidad (idem, pp. 159, 252).

xiii Lorenzo García, *Planificación peronista. Contribución a su estudio doctrinario y metodológico*, Santa Fe, Castellví, 1953, especialmente pp. 161-162. Naturalmente, esa delimitación convivía con declaraciones como las que sostenía Perón al señalar que “las organizaciones populares debe organizarse por sí y como ellas quieran. Esa es la mejor ley orgánica que rige este tipo de organización”. Cf. *Mundo Peronista*, núm. 44, 1-6-53. “Propugnamos y defendemos las organizaciones de barrio que sean eminentemente populares, espontáneas y genuinas”, decía Perón un año más tarde. Cf. “Debemos reconstruir los viejos barrios”, *Mundo Peronista*, núm. 77, diciembre de 1954. En el plexo de la heterogénea ideología peronista la única restricción explícita para la vida asociativa había sido tempranamente enunciada por el propio Perón al negar toda pertinencia a las ideas “exóticas” y “políticas” con las que desde su puesto en la Secretaría de Trabajo y Previsión, desde fines de 1943, comenzó a conquistar al sindicalismo.

xiv Cf. “Levantaremos clubes en todos los centros estudiantiles del país, afirmó el General Perón”, *Noticias Gráficas*, 14-1-54.

xv La Confederación General de Profesionales fue creada tres meses después de la UES, el 10-9-53.

xvi Club de Areté, *Una comunidad solidaria. Síntesis de sus fundamentos, propósitos, formación de sus filiales, funcionamiento, etc., para conocimiento de las personas que en el interior de la República deberán adoctrinar sobre la creación de esta institución, y establecer las sedes locales*, s. l., Fundación Eva Perón, 1955, p. 6.

xvii “‘Clubes Areté. Próxima realidad’”, *Democracia*, 7-12-54.

xviii Club de Areté, *Una comunidad solidaria*, op. cit., p. 8.

xix Idem, p. 11. En la página siguiente continuaba el entusiasmo expansivo: “El club, en el orden nacional, provincial y hasta en la población más pequeña, realizará actividades literarias, artísticas, etc., con el objeto de estimular la elevación cultural de sus miembros, y también PARA DESCUBRIR LAS VOCACIONES Y APTITUDES SOBRESALIENTES, que el club apoyará en todos sus medios para que se realicen exitosamente en el medio adecuado. La música, la pintura, la oratoria, la poesía, la literatura en general y todas las manifestaciones del espíritu se estimularán en concursos para que se manifieste el mejor”.

xx Cf., entre múltiples referencias posibles, “Casi cuarenta años al servicio del progreso social y físico de la popular barriada de Parque Patricios tiene el club Bristol”, *Democracia*, 2-11-54; “Una decepción en el fútbol dio origen a la idea

---

de crear el Club Imperio Junior, hoy orgullo de la zona en Villa Mitre”, *Democracia*, 5-11-54; “Una función social, fielmente a tono con el ritmo de la Nueva Argentina, cumple el 'Liberal de Nueva Chicago', *Democracia*, 26-11-54. Las tácticas utilizadas en la cooptación de los clubes construyen un buen catálogo de cómo el peronismo laboraba para apropiarse de sus militancias barriales. El Club Bristol se aprestaba a participar en los campeonatos Evita y Juan Perón y esperaba la concreción de un crédito del Banco Hipotecario para la construcción de un nuevo gimnasio. En el Club Imperio, presente durante cuatro décadas en Villa Mitre, también la adhesión a los campeonatos peronistas permitía demostrar sus fidelidades. En una foto incluida en el artículo citado aparecía el niño Alberto Mazaroto, subcampeón del último campeonato infantil Evita de automovilismo conduciendo un auto en miniatura que llevaba la inscripción “Perón apoya al deporte”. El Club Liberal había sido fundado en 1934. En 1954 se practicaba en sus instalaciones pelota a paleta, básquet (por el que participaron en los campeonatos Evita y Perón), patín, bocha y ajedrez. Tenía un jardín de infantes, y una biblioteca de dos mil volúmenes. El Club solicitó al Gobierno Nacional un préstamo de 500.000 pesos para la construcción de un gimnasio, una sala de primeros auxilios, y una pileta de natación. El cronista de la reseña citada anotaba que sus dirigentes estaban “identificados con el Justicialismo arriman así su apoyo a esta gran obra en que se halla empeñado el Primer Deportista”.

<sup>xxi</sup> Cf. *El Laborista*, 25-7-55. El Club mencionado asistió con una gran pancarta al acto del 17 de octubre de 1954. Ver foto en *El Pueblo*, 18-10-54, p. 5.

<sup>xxii</sup> Jorge del Río, “El cooperativismo en el 2º. Plan Quinquenal argentino”, *Hechos e Ideas*, núms. 106-109, enero-abril de 1953.

<sup>xxiii</sup> “Tres mil cooperativas en funcionamiento y tres millones de familias organizadas”, *El Líder*, 30-1-54; “Todo movimiento que fortalezca el cooperativismo tiene mi apoyo, dijo Perón”, *Noticias Gráficas*, 5-3-54, de una asamblea de la Asociación de Cooperativas Argentinas.

<sup>xxiv</sup> El año de inflexión en la evolución de las cooperativas fue el bienio 1946-1947. Considerando la base 100 para 1927-1928, luego de un avance constante pero sin grandes sobresaltos durante casi dos décadas, en 1946 se alcanza el índice de 2.018. La aceleración del crecimiento permitió que en 1955 se alcanzara un índice de 5.534. En términos absolutos ello significaba unas 2.767 cooperativas con cerca de 1.200.000 socios. Cf. Dirección Nacional de Cooperativas. Departamento de Registro, *Síntesis estadística de las sociedades cooperativas*, 1962. En términos burocráticos, el momento fundamental lo constituyó la elevación de la oficina Registro, Inspección y Fomentos de Cooperativas al rango de Dirección de Cooperativas, dependiente del Ministerio de Industria y Comercio, en setiembre de 1948.

<sup>xxv</sup> Juan D. Perón, “Hablando a los gerentes de la Asociación Argentina de Cooperativas”, *Hechos e Ideas*, núms. 118-119, febrero-marzo de 1954.

<sup>xxvi</sup> “Las instituciones que, en cumplimiento de esta organización, tienden a desarrollar la solidaridad y la camaradería del pueblo, son siempre bienvenidas para nuestra manera de pensar. Por eso estamos propugnando a lo largo de toda la República la creación de centros sociales y deportivos que permitan al pueblo argentino vivir en comunidad y en contacto permanente, que es la única forma de desarrollar esa solidaridad que hace más amable y más bella la propia vida desapareciendo en el pueblo argentino todas las odiosas diferencias entre los hombres y las mujeres que lo componen”. Cf. “Mi mayor felicidad consiste en estar en contacto con los trabajadores, dijo Perón”, *Noticias Gráficas*, 5-1-54.

<sup>xxvii</sup> “Realizárase este mes un congreso de sociedades de fomento de la capital”, *Noticias Gráficas*, 1-4-54.

<sup>xxviii</sup> La prensa permite detectar a los “delegados” que presidieron las comisiones. A partir de ese listado parcial es posible atisbar un espectro de las proveniencias asociativas. En Educación, el doctor Amancio Freira, Asociación de Fomento Gral. Benito Nazar, Antezana 340; en Cultura, Ismael Tartas, Asociación de Fomento Villa del Parque, Baigorria 3373; en Salud Pública, el diputado nacional Alfredo Fontana, Asociación de Fomento Caballito, Alberdi 436; en Vivienda, el arq. Armando Montini, Asociación de Fomento Gral. Alvear, Avellaneda 542; en Transporte y Vialidad, el ing. Augusto Osorio, Asociación de Fomento J. M. Estrada, Directorio 448; y en Racionalización Administrativa, Antonio Gilabert, Asociación de Fomento S. de Liniers, Tonelero 6055. Cf. “Constituyéronse las autoridades del Congreso de Asociaciones de Fomento”, *El Pueblo*, 18-4-54.

<sup>xxix</sup> “Consideramos que ellos [los representantes de las sociedades de fomento], que son los que sienten las necesidades de cada una de esas barriadas, han de ser nuestros mejores asesores. Ellos son los que nos pueden ayudar e las tareas de planificación de la ciudad, en la solución de los problemas de la cultura, de abastecimiento e inclusive de la racionalización administrativa. De esta manera es todo el pueblo de la Capital el que, a través de este congreso, presta al señor Presidente su apoyo y a la Municipalidad todo su trabajo.” Cf. “Para que las ideas del pueblo, siempre sanas y patrióticas, lleguen al gobierno es necesario que exista la organización”, *Noticias Gráficas*, 23-4-54.

<sup>xxx</sup> Idem.

<sup>xxxi</sup> “Perón recibió a los delegados de Sociedades de Fomento”, *El Pueblo*, 24-4-54.

<sup>xxxii</sup> Cf. Secretaría de Asuntos Políticos, *Plan de Acción Política 1955-56. Desarrollo tendencial de los partidos (1956-1957)*, 1955; una versión abreviada en Comisión Nacional de Investigaciones, Documentación, autores y cómplices de las irregularidades cometidas durante la Segunda Tiranía, 1958, t. 2, pp. 607-618. La “debilidad” del peronismo concernía particularmente a las asociaciones culturales. La Secretaría emergía de la reconfiguración de los ministerios decidida por la “ley orgánica” del Ejecutivo. Dirigida por el Contraalmirante Teisaire, el subsecretario era el teniente coronel (R) M. C. Martínez, mientras que Bernardo Neustadt era Director General de Relaciones con las Organizaciones del Pueblo. Cf. *El Pueblo*, 8-10-54.

---

<sup>xxxiii</sup> El 14 de octubre de 1941, el presidente Ramón S. Castillo dispuso la disolución del Concejo Deliberante por el decreto núm. 102.843. Se reinstituía una “Comisión Interventora de Vecinos”, designado por el Poder Ejecutivo. El 14 de julio de 1943, el presidente de facto Pedro P. Ramírez decretaba la disolución de la comisión Interventora. El intendente Bernardo Gago tuvo la misión de imponer la supremacía peronista en una ciudad en la que el partido gobernante obtenía un diez por ciento menos de votos que en el nivel nacional. Estos fueron los intendentes de Buenos Aires en la década peronista: Emilio Siri, 1946-1949; Juan Debenedetti, 1949-1952; Jorge Sabaté, 1952-1954; B. Gago desde el 27 de octubre de 1954 hasta el 23 de setiembre de 1955. En el acto de asunción, Gago planteaba que intentaría “utilizar el valioso aporte que pueden allegarse -a las mejores soluciones- los directamente interesados, o sea, los vecinos por medios de sus organismos de barrio o de parroquia”. Cf. “Lineamientos de su gestión en la comuna hizo conocer Gago”. *El Pueblo*, 28-10-54. Al día siguiente el diario católico aprobaba sin reparos el énfasis de la nueva gestión. Cf. “Gobierno municipal”, *El Pueblo*, 29-10-54.

<sup>xxxiv</sup> “Otro rostro en los barrios”, *La Nación*, 17-1-55. La novedad del entusiasmo recreativo en la ciudad de Buenos Aires debe ser estimado con prudencia. En una de las demandas al II Plan Quinquenal (AGN-ST, caja 27, leg. 14.797), la Comisión Vecinal de Festejos Populares, de Barracas, declaraba en 1951 que “existen en esta Capital innumerables Comisiones de vecinos que se dedican a celebrar acontecimientos de carácter popular y muy en especial las festividades Patrias”. Con la asunción del intendente Debenedetti el municipio había dejado de proveer palcos y tabladros sin cargo. Por eso solicitaban que “en el futuro existieran las mismas franquicias que siempre existieron en el préstamo de dichos materiales y en especial los de motivo Patrio”. En la ofensiva de 1954, las comisiones de festejos fueron especialmente cooptadas por la Intendencia. Cf. el listado de “delegados” barriales en “Designóse a 44 delegados vecinales ante la comuna”, *Crítica*, 12-5-55.

<sup>xxxv</sup> “Cómo organizar cursos vecinales”, *La Nación*, 11-1-55.

<sup>xxxvi</sup> Félix Lafandra, ed., *Los panfletos. Su contribución a la Revolución Libertadora*, Itinerarium, 1955, p. 36.

<sup>xxxvii</sup> “Las sociedades de fomento”, *La Nación*, 9-2-55.

<sup>xxxviii</sup> “Inicia una acción la Municipalidad”, *La Nación*, 2-2-55.

<sup>xxxix</sup> Es muy intrigante el paralelo entre las ofensivas católica y peronista sobre el mundo civil politizable: las jornadas de adoctrinamiento católicas fueron seguidas, exactamente un año después, por las jornadas equivalentes peronistas; al *Plan de Labor* de la AC (cf. *infra*) parece responder el *Plan de Acción Política*.

<sup>xl</sup> “El intendente municipal visitará hoy varias entidades de fomento”, *El Líder*, 13-3-55; “Entidades de fomento visitó el Intendente”, *La Nación*, 14-3-55.

<sup>xli</sup> Por ejemplo, en el contexto del fallido golpe de Estado militar del 16 de junio de 1955, los “delegados” manifestaron su lealtad al gobierno. “Refirman su adhesión a Perón en una Asamblea los Delegados de los 44 barrios”, *El Laborista*, 25-6-55.

<sup>xlii</sup> “Prosiguen desarrollándose en la Capital los actos de las jornadas doctrinarias”, *Democracia*, 11-5-55.

<sup>xliiii</sup> La lectura de las noticias breves de los periódicos detallan actividades que no eran masivas, pero que se multiplicaban sin lograr una amplia repercusión en la prensa pues no eran ponderables como propiamente políticas a la luz de la retórica de la época. Sólo para mostrar un caso, podría ser considerado el anuncio de un evento properonista compartido por la Asociación Popular Protectora de Animales y el Asilo Social 'Eva Perón' (cf. “Un homenaje al Jefe del Estado organiza una entidad popular”, *El Laborista*, 13-1-55), que recuerda a las coaliciones asociativas aparecidas en la circunstancia de las demandas para el II Plan Quinquenal.

<sup>xliv</sup> Cf. nota 32.

<sup>xlv</sup> “Deberán cooperar con la Municipalidad las Juntas Vecinales recientemente constituidas”, *Democracia*, 18-5-55.

<sup>xlvi</sup> *Idem*.

<sup>xlvii</sup> “Estado y organizaciones populares”, *La Prensa*, 5-4-55.

<sup>xlviii</sup> “Progreso edilicio y anhelos populares”, *La Nación*, 10-4-55. El diario católico, en cambio, aceptaba el énfasis de Perón y Gago: “Las sociedades de fomento pueden colaborar eficazmente”, *El Pueblo*, 25-4-54.

<sup>xlix</sup> “Progreso edilicio y anhelos populares”, art. cit.

<sup>l</sup> “A la tarea educacional que corresponde a los delegados vecinales refiérese el Intendente”, *Democracia*, 20-5-55.

<sup>li</sup> “Habrá campeonatos en los 44 barrios”, *Democracia*, 14-9-55.

<sup>lii</sup> “Visitaron al Ministro del Interior los delegados de los barrios de la ciudad”, *El Laborista*, 9-7-55.